XII Amanecer

Sin dejar de caminar lentamente y mientras compartía con la niña fragmentos del libro, llegaron a la entrada del recinto subterráneo. Aquí detuvo él sus pasos, cerró el libro, miró al frente y dijo a la pequeña:

- Me despido de ti. Me ha gustado mucho compartir contigo mi mundo. Nunca más, mientras tú vivas en la tierra, nos encontraremos porque como ya sabes, tu realidad y la mía, son distintas. Yo ya pertenezco a la dimensión espiritual en la gran realidad que existe después de la muerte. Es, como también te he dicho, lo que las personas en el mundo de la materia llaman cielo. La dimensión de la eternidad donde, en espíritu, seremos sin fin.

A partir de aquí y en este momento, vuelve a tu mundo y comparte con los tuyos y los que conoces, lo que te guste de lo que has visto y oído. Puede que algunos te crean y puede que otros no. Da igual. Lo que es, es y tú lo has tocado, visto y sentido algo de ello. Te deseo lo mejor y, como el tiempo en ningún momento detiene sus pasos, ojalá que algún día nos volvamos a encontrar en la dimensión en que yo soy ahora.

No dijo nada más. La pequeña lo miró y miró al frente. La luz del sol, en el nuevo día, se derramaba por la ladera, casas y paisajes del barrio del Albaicín. Pensó ahora en sus padres y deseó encontrarse con ellos. Movió su cabeza con la intención de despedirlo y pronunciar las últimas palabras. Pero no lo vio. Descubrió que nadie había a su lado ni tampoco se veía entrada a ningún sitio.

Por entre el bosque, buscó la sendilla y comenzó a descender hacia el río. Dirección al pequeño puente de piedra en la misma Carrera del Darro, donde por primera vez lo había visto. A unos treinta metros, se encontró con una recogida y muy bonita pradera de hierba. Toda muy verde y con mil pequeñas gotas de rocío trabadas en las hojas. El sol caía desde el lado de la mañana y al incidir sus rayos sobre las cristalinas gotas de rocío, éstas brillaban como perlas recién talladas.

Frente a este bonito paisaje, se paró un momento, miró despacio como deseando empaparse de lo que por sus ojos entraba y, de pronto, oyó música de guitarra. Dulces melodías y que enseguida asoció a la joven que por el río y en otros tiempos, tocaba este instrumento. Escuchó muy interesada y, acompañando las notas de la guitarra, oyó la siguiente canción:

Al amanecer
de este día seis de enero,
sobre la hierba, el rocío
brilla bello.

Pequeños trozos de asombro,
espejos
que reflejan
universos.
Mundos de fantasía,
estrellas y cielos,
por donde el corazón y el alma
tiene sus sueños.

El rocío, la hierba, la mañana,
nuevo día de enero,
un camino junto al río,
por donde lento,
trazo pasos en soledad
como al encuentro
de la verdad en la que un día
seré eterno.

Silencio, amanecer y rocío,
tu recuerdo,
la hierba verde,
el aire fresco,
tú siempre espejismo y presente
y la mañana plena de sol
de este seis de enero.

Siguió bajando por la sendilla y al poco, estuvo en el puente. Es conocido con el nombre de puente Espinosa. Pensaba ella cruzar por aquí el río y subir por las calles al frente hacia su casa. Sentada en el muro de este puente, vio a su madre que hablaba con algunas personas. Enseguida pensó que la buscaba y por eso, rápida se acercó a ella para que la viera.

En estos momentos, la madre entró en la habitación y llamándola le decía:

- Venga, despierta y levántate que ya es media mañana. Luce un sol hermoso y el aire, ni se mueve. Se presenta un día bello.

Se despertó la niña, restregó sus ojos, movió sus brazos y todavía muy entumecida, dijo a la madre:

- Vente aquí a mi lado que, antes de que lo olvide, quiero contarte el sueño que he tenido.